

EL PERISCOPIO

Fermín Bocos

A LOS PIES DE
LOS CABALLOS

POR imperativo legal el CNI no investiga delitos. Su tarea es obtener información destinada a preservar la seguridad nacional. Y, según establece la ley que regula sus actividades el destinatario de dichas informaciones es el Gobierno. Este es el marco legal en el que actúa el Servicio de Inteligencia pero ningún observador habría establecido dicha conclusión tras escuchar a Pedro Sánchez.

Con la naturalidad que le caracteriza a la hora de desnaturalizar la realidad cuando se encuentra en apuros, negó que hubiera tenido conocimiento de las actuaciones del CNI en los días en los que Cataluña padeció todo tipo de disturbios provocados por los grupos separatistas que impulsaban el llamado "tsunami democrático" y, posteriormente, cuando negociaba el apoyo de ERC. Estas palabras de Sánchez en el Congreso pasarán a engrosar su larga lista de encubrimientos de la verdad: "El Gobierno ni conoce ni decide sobre las decisiones de los Servicios de Inteligencia, que son siempre sometidas a quien tiene la decisión final que es la autoridad judicial". Como si estuviera de oyente.

Aún reconociéndole su pericia para disfrazar la verdad cuando está en apuros, no fue su mejor actuación. Sus socios no le compraron la mercancía. Ninguno le creyó: ni ERC, ni Bildu, ni el PNV, ni la rama catalana de Podemos. Alguno le pidió que dejara de tomarles el pelo. Fue una sesión penosa en la que un Pedro Sánchez, visiblemente incómodo, trató de desviar el objetivo de la comparecencia atacando a la oposición.

Y, para salvar su relación con sus socios, no dudó en inventar el supuesto arbitrio del CNI en sus actuaciones que de ser así -por ser contrario a la ley- él mismo, como presidente del Gobierno, estaría obligado a impedir. Inquietante. Resulta inquietante constatar que, con tal de disimular ante sus socios que él sabía que estaban siendo espías cuando negociaba su apoyo parlamentario, Pedro Sánchez no ha dudado en empañar el prestigio del CNI dejando al Servicio de Inteligencia a los pies de los caballos.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

Pedro Charro Ayestarán



REBELDE

HE visto que Fernando Aramburu, el autor de *Patria*, ha elegido *El hombre rebelde*, de Camus, como el libro más importante que ha leído, el que le cambió la vida, el que le vacunó además contra la violencia, que era algo que en el San Sebastián de su juventud sedujo a muchos, dispuestos a crear una nación a tiros. Camus era un buen antídoto contra esto, pues siempre fue lúcido, no transigió, se opuso a quienes justificaban la muerte para alcanzar grandes objetivos, para construir hermosas utopías que pasan por encima del hombre concreto. En esto se enfrentó a muchos, sobre todo a su amigo Sartre, que era el gran gurú de la izquierda, el intelectual mimado que decía que había que mancharse las manos. No cabe construir algo haciendo daño, ignorando el hombre, hay que contar con el individuo concreto, fue la gran enseñanza de Camus que resultó profética, no en vano la pesadilla en que se convirtieron los sistemas que querían levantar un mundo feliz a costa del individuo le dieron la razón. Camus, un hombre de origen humilde, francés de Argelia, hijo sin padre de una española, premio nobel muerto en accidente demasiado pronto, como un James Dean de la literatura, sigue hoy vigente mientras Sartre no se acuerda de nadie. El hombre rebelde, dice Camus al comienzo del libro, es un hombre que dice no -un negador, por tanto, alguien que no se deja arrastrar- pero, añade enseguida, es también un hombre que dice sí, lo que es una gran verdad. Decir que no está bien, pero es un primer movimiento. Se dice no a esto y aquello, hoy es moneda común, todo el mundo esta harto de todo, hay quien rechaza el podrido capitalismo, pero consume sin parar, quien se queja de la corrupción de los políticos, pero trampea en lo que puede, quien se rasga las vestiduras y se muestra crítico con un mundo a la deriva, pero finalmente, quizás por tanto aspillado, no tiene fuerza para hacer nada, no es capaz de ir hacia el sí. Hay una rebeldía hoy que no construye nada. Una rebeldía sin causa, que se consume y se esfuma como el humo de las brasas.

La salud mental
de los jóvenes empeora

IRRITABILIDAD, tristeza, cambios de humor, problemas de concentración, nervios y ansiedad, inestabilidad... El estudio recientemente publicado por las dos universidades navarras y el Instituto de Salud Pública y Laboral presenta unos resultados poco esperanzadores ante los que, nos informan, rápidamente se van a diseñar acciones específicas para recuperar y mejorar el bienestar emocional de los jóvenes. Si pienso en cuáles serán esas medidas para los jóvenes de entre 14 y 24 años, me imagino que algunas centradas en el ocio, como excursiones subvencionadas, sesiones deportivas en grupo...; otras para incidir directamente en su autoestima y sus relaciones sociales, como charlas o talleres... Pero me pregunto: ¿ha sido la pandemia la responsable de tal empeoramiento en la salud mental? ¿Podemos quedarnos tranquilos como sociedad al aplicar algunas medidas para que los jóvenes recuperen una cierta sensación de motivación, autoestima o actitud positiva? Es decir, cuando el verano acaba y no puedan disfrutar de las actividades que les brindaba ese bienestar, ¿qué pasará? ¿Volverán a todos esos síntomas depresivos que la encuesta apuntaba? Y entonces, ¿qué haremos?

No me quiero adelantar y ojalá eso no ocurra, pero si nos centramos únicamente en los comportamientos de los jóvenes sin reflexionar por qué han aparecido, no estamos atendiendo adecuadamente como personas. Como señales de alarma que se encienden en un dispositivo cuando algo no va bien, salvando las distancias, pienso que ocurre algo similar con tal irritabilidad, tristeza o ansiedad en los jóvenes (y en toda persona). Indican que algo no va bien, que la forma de vivir y relacionarse está dando problemas... y señalan que se necesita algo nuevo, algo distinto.

Por eso, esta crisis en la juventud navarra creo que no es un problema a solucionar, como si se tratase de volver a la situación anterior a la pandemia, sino que puede ser una auténtica oportunidad de crecimiento, de mejora, de aportar una novedad en la vida de cada joven. Un momento para preguntarnos desde la sociedad adulta y desde las instituciones cómo potenciar la relación con los jóvenes, devolviéndoles la confianza que muchas veces se les retira, cómo acompañarles, qué experiencias proponerles en las que no solo se encuentren a gusto o disfruten, sino que vivan procesos más profundos, más significativos, en los que descubran que merece la pena pasar tiempo con ellos mismos, con otras personas, que tienen dentro de sí mismos su mejor tesoro si saben conocerlo y apoyarse en personas que les quieran. Y entonces estaremos convirtiendo un aparente problema emocional en una auténtica oportunidad no solo para los jóvenes, sino para todos, niños y mayores.

Es cierto que estos buenos deseos para la juventud comparten un requisito: ayudar a crecer de forma paralela a la sociedad adulta en sensibilidad hacia la realidad personal de los jóvenes. ¿Qué viven? ¿Qué preguntas y deseos tienen en su interior? ¿Qué necesitan? ¿Cómo acompañarles en una época de cambios e incertidumbres? Todo un reto ante el que ojalá apostemos por la formación que ayude al crecimiento de todos. Para no resolver solo el hoy, sino para atender también el mañana.

Miriam Cenoz Larrea Formadora de educación emocional y crecimiento personal

Miriam
Cenoz

